

MUSICA Y TEATRO

La Rosa Azul. — de Eduardo Borrás.

Una de las mejores obras de este año es, sin disputa, "La Rosa Azul".

Con un argumento de intensidad dramática muy acentuada, mantiene al espectador envuelto en una atmósfera de poesía trágica, durante toda la representación.

Poco a poco, nos va llevando el autor al espíritu de los personajes y es todo un acierto la pintura que ha hecho de caracteres recios, penetrado del psiquismo que rige los tipos.

La protagonista es, por ejemplo, la inconfundible jovencita, absolutamente idealista, que vive en el mundo que ella misma se ha forjado. Es el "soñador empedernido" como dijera Darío.

Y bien, asistimos luego a la catástrofe moral, al derrumbarse todos los sueños, todas las ilusiones, cuando chocan despiadadamente con la salvaje realidad. Es esta una escena magnífica.

Profanada y rota la pureza, las rosas se tornaron fétidas.

"el eco de tu nombre, repite la montaña
...mi corazón te aguarda."

Sí, él aguarda pero, aunque muera, debe irse para que ofrezca, hecha la reencarnación, su amor y su sacrificio, y purifiquen la oblación. Vuelven las rosas a su antigua fragancia.

En cuanto a la interpretación alcanza Luisa Vehil un éxito con esta obra, pues encarna ella a la joven y lo hace con el acierto de una actriz de su categoría. Los demás bien, aunque desagrada el que hizo de peregrino, más por su mímica que por su dicción.

Los decorados de buen gusto y la presentación escénica de una real elegancia.

Las Antiguas Semillas. — de Julio Vier.

Es frecuente que los autores jóvenes vuelquen, en la primera obra, su timidez de principiantes. El caso de Julio Vier es distinto. Es joven y tiene fibra. Apoyado por un diálogo fuerte, demasiado esotérico a veces, desarrolla este autor un argumento de gran dramatismo.

Nos pinta una mujer histérica, a la cual una soledad de veinte

años se ha acumulado en el espíritu, y en la sangre se ha anidado una morbosa ansia de revivir las sensaciones idas. Su juventud le deja, y trata entonces de apresarla. El hijo que retorna, después de muchos años de ausencia, es un extraño para ella. Pero un hermoso extraño, a quien no puede tocar como a hijo. Se insinúa entonces el incesto que no llega a ocurrir.

Una brisa de tragedia envuelve la obra. Melpómene guía la pluma de Vier.

Claro está que la trama es superior a la forma. Pero este poeta que es Julio Vier, no resistió la tentación de acometer una empresa difícil. Unir la fantasía con la realidad. Y esto es, por ahora, superior a sus fuerzas. Por eso los personajes simbólicos no están logrados y el prólogo sobra. El indio, por ejemplo, retarda la acción. La Sombra sería el mejor de ellos, pero su aparición no es convincente. Esta y la escena siguiente son las de más calidad. A pesar de la belleza en la forma, que no es fugaz, lo mejor es lo que el autor no ha dicho.

Esperamos con interés obras de Vier en las que nos pinte con más precisión sus personajes y en las que no deje partes tan sólo bosquejadas. Con todos sus defectos, inseguridad en ciertos momentos y diálogo artificial a veces, "Las antiguas semillas" evidencian ya a un autor. No es una mera promesa. ¿No convendría mirar un poco más por los fueros de la moral y de la decencia?

En cuanto a la interpretación, de escaso valor en general, si juzgamos a los jóvenes actores como a profesionales. Jorge de la Riestra no gusta; es actor muy *poseur* y chabacano, a veces. Alberto Martín compuso un hijo llorón y majadero. Los demás bien, aunque objetable la coya. Pero la que realmente muestra calidades interpretativas, dignas de una actriz ya formada, es Claudia Madero. Soporta sobre su talento el peso del papel más importante y nos consigue emocionar con su actuación tan natural, tan sencilla y tan humana. Es que esta joven ha traído al teatro el poder inmenso del dramatismo de la vida.

Alberto Ginastera compuso una música de fondo muy apropiada y de gran subjetividad.

Los decorados discretos. La dirección buena. Lo peor de la obra es el público, este público de Buenos Aires tan frívolo, tan superficial, tan poco preparado para advertir la belleza, que acoge día a día la labor de estos muchachos con inexcusable frialdad.

Por fin, lo único recriminable es que el autor haya ocultado su verdadero nombre. El pseudónimo, en un joven artista, suena a cobardía. Julio Vier es un artista, tiene entonces que ser valiente.

"La Aunciación a María". — de Paul Claudel.

Vive en Francia un anciano quien, no hace mucho, fué recibido como miembro en la Academia Francesa de Letras, reparando así una antigua injusticia. Es Paul Claudel. Uno de los poetas más grandes, entre los contemporáneos. Claudel, autor de numerosas piezas teatrales, entre ellas "Juana de Arco en la hoguera", libreto que con música de Hognegger se estrenó este año en el Colón, escribió "La Aunciación a María". En ésta, como en otras de sus obras, nos hace tratar con personajes de grande proyección ya que frecuentemente, al ser simbólicos, encarnan fuerzas del mundo y del espíritu. En "La Anunciación a María" hay una belleza extraña. Toda la poesía del Angelus se ha volcado en Violenne, la leprosa, que engendra misteriosamente el niño muerto que le trae Mará, dejando en su boca una gota de leche. Una gota de gracia. "Y el ángel del Señor anunció a María, y concibió por obra del Espíritu Santo".

Este hermoso poema místico ha subido a escena aunque por pocos días, en el Teatro Municipal, y ha sido confiada su interpretación a un conjunto de jóvenes actores.

Parécenos muy inteligente y acertada la idea de enfrentar con el público a los que, habiendo finalizado sus estudios de academia, necesitan practicar. Lo absurdo es darles para hacer escuela una obra de la profundidad y de dramatismo como el que tiene "La Anunciación a María" Tuvimos así oportunidad de asistir a una representación pobre.

Pierre de Craon, por ejemplo, mantiene un prolongado diálogo con Violenne y es preciso ser actor de cualidades y de avanzada formación escénica para no resultar pesado. Esto no lo reúne el que tuvo a su cargo el personaje. Violenne, la dulce Violenne, fué encarnada por una rubia chiquilla de hermosas facciones y pocas dotes teatrales. Era curioso observarle la costumbre de actuar con la barbilla muy alzada que, si bien dejaba ver un cuello fino y delicado como porcelana francesa, nos impedía, a menudo, mirarle el rostro.

El viejo Anne entre los hombres fué el mejor, y hasta buen actor diríamos, ni no hablara con tan poca naturalidad. Mará acertada en su papel, uno de los más difíciles, ya que la obligó a cambiar casi constantemente de estado de ánimo. Los demás hicieron cuanto les permitieron sus fuerzas, que no eran muchas. Pero no es posible terminar sin mencionar a Juan Manuel Barrán, el aprendiz, porque este actor confunde delicadeza con feminidad, y no

debe olvidar el señor Barrán que el hombre debe ser ante todo hombre. Dentro y fuera de la escena.

Los decorados pobres, ancianos de espíritu y faltos de veracidad. La dirección discreta.

El Coro Mejicano.

Hemos tenido, en Buenos Aires, oportunidad de escuchar un coro de niños mejicanos, interpretando música de su país.

Comenzaron el concierto con un canto indio de la tribu Maya, la Danza del Sol. Las voces perfectamente timbradas lanzaron al aire una dulce melodía extraña, un lejanísimo himno, que penetró en nosotros como la sensación punzante que viene, a veces, a golpear nos las puertas de la sensibilidad.

Según nos dijo el fundador, Rogelio Zarzosa, este coro fué creado en noviembre de 1945 en la ciudad de Méjico y con el fin de hacer conocer en el exterior la verdadera música mejicana. A partir de los años 1927 y 1928 empezó la música menor de Méjico a sufrir una marcada influencia: el ritmo de swing, funesta importación yankee que vino también a la Argentina a perturbar los melancólicos ayes de las vidalitas, con el ruido piro-técnico de sus baterías.

Poco tiempo más tarde, la música afro-cubana (más afro que cubana), fué la segunda corriente que azotó a Méjico. Y de este infeliz matrimonio, del swing con la rumba, nació su infortunado hijo, el bolero mejicano. Pero no es esa la música auténtica, la folklórica, la nacional.

Este coro está en gira desde hace diez meses. Ha cantado en el Teatro de las Bellas Artes y en el anfiteatro Bolívar de Méjico, además de haber recorrido casi todos los países sudamericanos.

Estos treinta y un jóvenes, cuyas edades oscilan entre los nueve y los diez y seis años, componen una masa coral de evidente valor artístico y de interesantes proyecciones para el futuro, ya que el buen gusto y la educación vocal, que poseen, les permitirá abordar temas de mayor responsabilidad, tarea con la cual realizarán también labor mejicanista.